

lante cuanto quisiere; pero con prohibicion de volver jamás atrás. La orden era positiva, y produjo tal efecto sobre el pobre soprano, en quien el valor no era la cualidad esencial, que corrió de una tirada hasta Roma, donde murió algunos dias despues, á consecuencia de su miedo.

Aquí termina la historia política, pintoresca y escandalosa de Poggio á Cajano, que á la extincion de las ramas de los Médicis pasó como los otros bienes de la corona á la casa de Lorena.

Hoy pertenece á S. A. el gran duque Leopoldo, que lo habita al año uno ó dos meses y lo abandona, durante los demas, con su bondad ordinaria á la curiosidad de los estrangeros, que vienen á buscar en ella la huella de los diferentes sucesos que acabamos de referir.

XIV

QUARTO

Quarto no es ni un palacio ni un castillo, es simplemente una villa. Quarto no tiene ni antiguas tradiciones ni gótica leyenda. La celebridad de Quarto es contemporánea: sus recuerdos datan de la época actual. Quarto es la residencia del hermano de Napoleon, del principe Gerónimo de Montfort, del ex-rey de Westphalia.

Un dia Napoleon quiso castigar la Hesse, amenazar á Brunswick, separar para siempre jamás el Hannover de Inglaterra. Reunió esas tres provincias, compuso de ellas un reino, y llamando á su hermano mas jóven, que tenia entonces veinte y seis años apenas:

— Gerónimo, le dijo, José es rey de España, Luis es rey de Holanda, Murat, es rey de Nápoles, Eugenio es virey de Italia: te toca el turno de subir al trono, te hago rey de Westphalia.

Y el nuevo rey partió para Cassel su capital.

El reino de Westphalia, anexo del imperio del nuevo Carlo-Magno, cayó en 1814 con aquel imperio. Napoleon fué hecho soberano de la isla de Elba y el rey de Westphalia se convirtió en príncipe de Montfort.

El príncipe de Montfort cuando era rey se había casado con una santa y noble mujer que despues de haber dividido con él su poder, dividió su destierro. Era la hija del viejo rey de Wurtemberg, la misma princesa á quien se hizo aquel extraño robo de diamantes, del que Maubrenil pasó por el autor y no era sino el cómplice.

El príncipe de Montfort y su mujer estaban en Trieste, vigilados por la policía austriaca, cuando la nueva del desembarco del emperador en el golfo Juan hizo estremecer á la Europa admirada. Como se comprende, se redobló la vigilancia.

Un día, en el momento en que el príncipe lo esperaba menos, vió entrar en su casa á su antiguo ayudante de campo, el barón de Gayl. Llegaba de Paris, y era portador de una carta de Napoleon y de un pasaporte de Fouché. En veinte y seis días el emperador habia ido de Porto-Ferraio á las Tullerías.

Esta carta invitaba al príncipe Gerónimo á reunirse á su hermano lo mas pronto posible; en ella se prevenia ademas que, una fragata acababa de ser espedida de Nápoles para trasportarle á Francia.

Una carta semejante habia sido al mismo tiempo remitida á Eugenio.

Eugenio respondió que tenia compromisos con los poderosos aliados, que le impedían acceder á la invi-

tacion de su padrastro; pero que en el momento en que Napoleon hubiese pasado el Rhin, iria á reunirse con él.

El príncipe Gerónimo no respondió sino que la invitacion de su hermano era para él una órden y que partiria aquella misma noche.

Sin embargo, aquello era mas facil de decir que ejecutar: las noticias llegadas de Francia redoblaban por momentos la vigilancia de la policía mas activa: era preciso hacer todo, sin que se conociera que se preparaba nada. Aguardó el príncipe la visita del cónsul de Nápoles, que tenia costumbre de ir todos los dias á verle. á las dos, para determinar alguna cosa con él.

Vino el cónsul á la hora acostumbrada: era Mr. Abatucci, cuya adhesion á la familia de Napoleon era conocida del príncipe Gerónimo; no vaciló, pues, en decirselo todo, y confiarle que no contaba con nadie mas que con él para abandonar á Trieste: Mr. Abatucci respondió al príncipe poniendo á su disposicion la chalupa cañonera *el Vesuvio*, que hacia parte de la marina de Trieste. El príncipe aceptó.

Al instante mismo le dió órden al comandante de la chalupa de aparejar y salir del puerto, despues de enviar á media noche la lancha á un punto de la playa que se le indicó.

Dos personas solamente estaban en el secreto: la reina y Mr. Abatucci: el comandante mismo de la chalupa ignoraba á quien iba á recibir.

A media noche el príncipe dejó su casa por una puerta escusada acompañado de la reina: fuera de la ciudad los esperaba monsieur Abatucci: se reunió á ellos y los acompañó hasta el punto de la costa conve-

nido. La chalupa los esperaba allí: no había tiempo que perder: la despedida fué corta. El príncipe abrazó á la reina y partió. En tanto que, á la oscuridad de una de esas bellas noches italianas, se pudo distinguir la barca, la reina y el cónsul permanecieron sobre la costa: por último, la barca se perdió en las tinieblas: desde aquel momento estaba el príncipe bajo la salvaguardia de la fortuna fraternal.

A la mañana siguiente el príncipe estaba á la vista de Sinigaglia. Con gran asombro suyo veía un gran preparativo de fuerzas: un magnífico ejército desfilaba siguiendo la costa; el príncipe creyó reconocer los uniformes napolitanos, y ordenó al comandante del *Vesubio* le dejase en tierra.

El príncipe se dirigió hácia una casa que distinguió: era Casa-Bruciata, una parada de posta: al mismo tiempo que él, llegaba un caruaje tirado por seis caballos, del que bajó un hombre: era Murat.

Por mas que estuviesen distantes de esperar encontrarse allí, los dos cuñados se reconocieron al instante mismo. Murat dió al príncipe Gerónimo, sobre la marcha triunfal del emperador á través de la Francia, detalles que él ignoraba.

Aquella empresa gigantesca que Murat intentó mas tarde imitar, como el cuervo imita al águila, le entusiasmó: queria barrer, decia, á los austriacos de la Italia, y dar la mano al emperador por encima de los Alpes.

Durante dos dias el príncipe Gerónimo, que había sabido por el rey de Nápoles que la fragata que debía trasportarle á Francia no había llegado todavía, siguió el ejército de su hermano como aficionado. Así llegaron á Bolonia.

En Bolonia un oficial inglés, encontró á Murat, en-

cargado de una mision secreta de su gobierno. Murat le invitó á cenar con él: mas sabiendo esta circunstancia el príncipe Gerónimo hizo decir á Murat que no queriendo incomodarle en sus negociaciones se retiraba. El mismo dia, á pesar de las instancias de Murat, el príncipe Gerónimo partió para Nápoles.

La fragata francesa acababa de llegar. Por una estraña coincidencia tenia el mismo nombre que aquella que bajo las órdenes del príncipe Joinville fué mas tarde á buscar el cuerpo de Napoleon en Santa Elena. Era la *Belle-Poule*, de cuarenta y cuatro cañones.

La reina madre y el cardenal Fesch acababan de llegar á Nápoles: el príncipe los hizo subir á bordo y marchó con ellos á Francia.

A la vista de Córcega descubrieron una vela. Observando el navio que se veía reconocieron un navio inglés de setenta y cuatro cañones. El príncipe ignoraba completamente cual era el estado político recíprocamente de la Francia y la Inglaterra. No era posible combatir con un enemigo tan superior y mucho menos librarse de él si le daba caza. El príncipe mandó anclar en Bastia. A la mañana siguiente el navio inglés cruzó delante del Puerto.

El príncipe le envió al punto uno de sus ayudantes de campo para saber cuales eran sus intenciones, si se presentaba como amigo ó como enemigo. El capitán del buque respondió que no habiendo habido una declaración de guerra entre los dos gobiernos podia el príncipe salir del puerto con toda seguridad.

Al instante mismo el príncipe dió orden de aparejar; y, como se había comprometido á ello, el comandante del navio inglés dejó alejar la fragata francesa sin hacer contra ella ninguna demostracion hostil.

En la noche del día siguiente el príncipe desembarcó en Frejus. Tres días despues estaba en Paris.

Napoleon se preparaba para la solemnidad del campo de Marte. El príncipe Gerónimo estuvo á su lado en aquella gran fiesta. El solo representaba á toda la familia. Ni uno solo entre todos aquellos grandes reyes, aquellos príncipes y aquellos grandes duques que habia hecho el imperio habia tenido bastante fé en los *Cien días* para ir á reunirse al conquistador aventurero de la isla de Elba.

La Europa tomaba una actitud hostil. Ningun soberano habia respondido á la fraternal circular enviada por Napoleon. La Prusia, la Holanda y la Inglaterra aproximaban sus ejércitos á la frontera; las demás naciones se armaban.

Será todavía largo tiempo el destino de la Francia tener toda la Europa contra ella, hasta que, por último, llegue á tener toda la Europa con ella.

Cada día que pasaba arrebatava una esperanza de paz. Napoleon, que no habia creído en ella, estaba preparado á la guerra desde el día siguiente de su llegada á las Tullerías.

Napoleon salió de Paris para reunirse al ejército. Hace veinte y siete años precisamente. Era yo muy niño. Le vi pasar, era el 12 de Junio de 1815 á las cuatro y media de la tarde. Iba vestido con un traje verde de cazadores de la guardia: llevaba la cruz de oficial, la placa de la legion de honor, y la cruz de la corona de hierro.

No olvidaré en mi vida aquel noble busto hecho para la medalla, bello como las cabezas de Alejandro y de Augusto, que la antigüedad nos ha transmitido, y que la fatiga inclinaba sobre su pecho. El maestro de postas abrió la portezuela del carruage para preguntar al emperador si no tenia órdenes que darle. La mirada vaga

y distraida de Napoleon se concentró y se fijó en el instante mismo sobre él.

— ¿Dónde estamos? preguntó el emperador.

— En Villers-Cotterets, señor.

— A seis leguas de Soissons ¿no es esto? Despues, sin dar á su interlocutor tiempo de responderle: aquí hay, continuó, un castillo edificado por Francisco I; se podría hacer de él un cuartel.

— Señor, eso seria una gran dicha para la ciudad que preferiria eso al asilo de mendicidad que se encuentra en él.

— Hay además una gran selva, continuó el emperador: una selva que domina el camino de Leon. Gracias, señor maestro de postas: ¿estamos prontos?

— Sí, señor.

— Partamos.

Y aquella cabeza que sabia todo y que no olvidaba nada, volvió á caer sobre su pecho doblegada por el mundo de ideas que contenia.

El carruage volvió á partir en el mismo instante al galope de sus caballos.

A la izquierda del emperador iba el príncipe Gerónimo y delante de él el general Bertrand.

Por mas que mi principal atencion estuviese absorbida por el emperador, la fisonomia de su hermano me habia llamado de tal modo la atencion que cuando le volvi á ver veinte y cinco años despues, le reconocí.

Era en 1815 un hermoso jóven, de treinta y un años, la barba y los cabellos negros, fisonomia dulce y risueña, y que parecia mas orgulloso entonces con su uniforme de general de division, que lo habia estado jamás con su manto real.

En Avesnes el príncipe Gerónimo, se separó del emperador y tomó el mando de su division: bajo sus ór-

denes tenia al coronel Cubieres que acababa de casarse hacia dos dias y debia marchar con Ney sobre los Cuatro Brazos mientras que el emperador marchaba sobre Fleurus.

El 15 por la noche cenaba el príncipe con el coronel Cubieres, el general Girard y otros dos ó tres generales de brigada, cuando entró un ayudante de campo de Napoleon: llevaba la orden á Girard y á su division de marchar sobre Fleurus á fin de reunirse con el emperador.

El general Girard, que era uno de los mas bravos soldados del ejército y que habia estado muy alegre hasta entonces, palideció de tal modo al recibir aquella orden que el príncipe se volvió hacia él preguntándole si estaba indispuerto.

— No monseñor, dijo el general Girard llevando la mano á la frente; pero acaba de pasarme por esta un singular pensamiento. Mañana seré muerto.

— ¡Cómo pues! dijo el príncipe Gerónimo riendo: ¿te has vuelto loco, mi antiguo camarada?

— No, monseñor; ¿pero no habeis oido decir nunca que ha habido hombres que han recibido con anticipacion el aviso de su muerte?

— ¿Cuántas heridas tienes, Girard?

— Veinte y siete ó veinte y ocho, monseñor; no las he contado bien. Estoy agujereado como una criba.

— ¡Y bien! cuando se han recibido veinte y ocho heridas sirviendo á la Francia es uno inmortal. Hasta la vista, Girard.

— Adios, monseñor.

— Hasta la vista.

— No, no, adios.

Girard salió de la habitacion. Todos aquellos militares habituados á ver la muerte todos los días, se miraron

sonriendo; sin embargo, aunque ninguno de ellos creyese en el pretendido presentimiento del que los abandonaba, una triste impresion influia en ellos.

En la noche siguiente, y á la misma hora en que Girard se habia levantado de la mesa, se supo que la primera bala de cañon arrojada desde Ligny, habia sido para aquel valiente general.

La jornada habia sido terrible: fué la de los *Cuatro Brazos*. Desde la mañana hasta la noche, el príncipe Gerónimo estuvo á la cabeza de su division: el fué el que atravesó el bosque de Bossu. Allí recibió dos balazos; uno hizo pedazos la vaina de su espada, el otro era una bala fria que le hizo una contusion en una cadera.

Llegó á la orilla del bosque con su division, cuando un hombre á caballo, saliendo de las filas enemigas corrió á galope hasta cincuenta pasos de distancia de las columnas francesas: llevaba el uniforme inglés, con el pecho cubierto de placas y de cruces. Por un instante se creyó era el mismo Wellington. ¿Pero qué quiere? se preguntaban todos.

En este momento aquel oficial general levantó el sable en señal de querer hablar: se creyó que era un parlamentario, y se le escuchó.

« Franceses, dijo, en lugar de atacarnos como enemigos, venid á nosotros como hermanos; vuestro verdadero rey, vuestro rey legítimo está aquí. »

— Ese hombre está ébrio, dijo el príncipe, enviadle unos cuantos balazos y que se vuelva por donde ha venido.

A esta orden se dispararon unos veinte tiros, y el hombre cayó: corrieron á él, y se reconoció que era el duque reinante de Brunswick. Su padre y su abuelo habian sido muertos como él en el campo de batalla:

en el panteon de la familia, se conservan los tres uniformes ensangrentados.

¡Singular destino! El principe Gerónimo se había apoderado ya de su ducado, y he aquí que, sin saber que era él, le privó también de la vida.

Como hemos dicho, la jornada había sido terrible; el principe Gerónimo había perdido en su division tres mil hombres, dos generales de brigada, y tres coroneles. El coronel Cubieres había recibido cuatro heridas en la cabeza; dos veces el principe se había acercado á él para decirle que entregara el mando á su teniente coronel, y el coronel Cubieres respondió las dos. — Monseñor, mientras pueda tenerme á caballo, estaré á la cabeza de mi regimiento.

Pasaron la noche en el lodo y en la sangre. Despues, durante todo el día 17 marcharon en seguimiento de los ingleses en retirada; caía la lluvia á torrentes. Al anocheecer, hácia las siete, ocuparon una posicion delante del pueblo de Planchenet.

A las ocho llegó el emperador; los dos hermanos se volvieron á ver. Napoleón había sabido como se había conducido el principe en la jornada del 16. — Ten cuidado, Gerónimo, le dijo riendo, te he dado una division y no una patrulla; si quieres hacer demasiado de soldado, enviaré alguno para que haga de general.

— Yo espero que Vuestra Magestad me dejará todavía el día de mañana, respondió el principe.

— ¿Crees, pues, que esperarán? dijo el emperador.

— Así parece, contestó el principe. V. M. ha podido ver que ocupan sus posiciones.

— Para la noche, replicó el emperador; para mañana al amanecer los verás levantar el campo. Wellington no es tan necio que me presente la batalla en semejante posicion.

Contra lo que se esperaba, había amanecido y los dos ejércitos se encontraban en la misma posicion: Napoleón no acababa de creer aquella imprudencia: envió al general Haxo á reconocer al enemigo.

El general Haxo volvió y aseguró al emperador que el ejército inglés tomaba posicion delante del monte San Juan.

— No es posible, repitió dos veces el emperador, os engañais, Haxo; no, no es posible.

— Y sin embargo, es así, señor, respondió el general.

— Pero si los bato, dijo el emperador, apoyados como están en dos desfiladeros, son perdidos completamente, y no vuelve uno á Inglaterra. Id., pues, á aseguraros de nuevo de lo que me decís, Haxo.

El general Haxo hizo un nuevo reconocimiento hasta un tiro de bala de los ingleses, y volvió cerca del emperador llevando una segunda respuesta mas afirmativa aun que la primera.

Está bien, dijo el emperador, parece que Wellington está loco. ¡Y bien! sea, nos aprovecharemos de su locura.

Al punto se dispuso el plan de la batalla: á las ocho y media de la mañana se leyó al ejército una órden del día firmada por el mariscal Soult.

Era el principe Gerónimo el que debía principar el ataque por el ala izquierda: se colocó en su puesto: su division estaba situada frente á la granja de Hongoumont, que los ingleses habían fortificado por todos los medios posibles durante la noche.

Los primeros disparos se hicieron á las doce y media del día por el primer regimiento de infantería ligera. Una de las primeras balas con que el enemigo respondió, atravesó el cuello del caballo que montaba el prin-

cipe : como se ve, habia aprovechado mal los consejos de su hermano.

Se conocen hasta los menores detalles de esta jornada ; todo el mundo sabe de memoria aquella lucha de gigantes : los ingleses se mantenian como si hubiesen echado raices en el suelo, como si estuviesen petrificados en medio de las piedras que defendian. Debe verse hoy aquella granja de Hongoumont acribillada por las balas, arrasada á la altura de un hombre, con sus paredes arruinadas, los surcos de las balas de cañon, y sus agujeros de bombas. Porque todo está tal como el principe Gerónimo lo dejó : tan grande fué la destruccion, que veinte y tres años de paz no han intentado siquiera borrar las huellas de un dia de batalla.

A las tres y media llegó un ayudante de campo de parte del emperador preguntando por el principe Gerónimo. Este dejó el mando de la division al general Guilleminot, tomó un caballo de refresco, y siguiendo las retaguardias del ejército, llegó junto al emperador.

El emperador estaba en pié sobre una pequeña eminencia que dominaba todo el campo de batalla. Tenia cerca de sí al mariscal Soult.

En este momento llega una columna de prisioneros westphalianos ; reconocieron á su antiguo rey, y aun el principe Gerónimo reconoció á dos ó tres oficiales que habian servido en su guardia. Entonces los prisioneros se pusieron á gritar : *¡Gott den Kœnig!* es decir : ¡ Dios protege al rey ! Era aquella la leyenda de la moneda westphaliana.

Entonces el principe se adelantó hácia ellos.

— Amigos míos, les dijo, os habeis batido bien. ¡ Pero os habeis batido contra mí !

— Es verdad, señor ; pero hemos sido acostumbrados por vos mismo á hacer nuestro deber.

— ¡ Y bien ! dijo el principe, ¿ quereis entrar en mi servicio ? Si habeis estado contentos conmigo, ahora es la ocasion de probármelo.

— ¡ Viva Gerónimo ! exclamaron á la vez soldados y oficiales.

— Pues bien, dijo el emperador, conducid esos valientes á la retaguardia, volvedles sus armas, organizadlos, y que sean incorporados á la primera division.

Esta division era la del principe. Los soldados se alejaron gritando : ¡ viva el emperador ! ¡ viva el rey Gerónimo !

El emperador los siguió algun tiempo con los ojos : despues, volviéndose á su hermano, hizo le refriese lo que habia hecho, escuchándole con su aire medio distraido, porque á su primer plan de batalla sustitua en aquel momento otro segundo.

En lugar de destruir el ala derecha inglesa, como habia resuelto al principio, y por un cambio de frente caer en seguida sobre los prusianos, queria ahora abrirse paso por el centro, enviar una ó dos divisiones sobre el ala derecha, que se pondria en retirada hácia Bruselas, y con el resto del ejército destrozár el ala izquierda inglesa y el cuerpo prusiano.

En esto llegó Ney. El emperador, viéndole cubierto de lodo y de sudor, le tendió la mano y pidió de beber. Jardin, su caballerizo, trajo una botella de vino de Burdeos y un vaso. El emperador bebió primero, despues pasó el vaso al principe Gerónimo, que bebió á su vez, y le pasó al mariscal Ney.

— Escucha, mi bravo Ney, dijo entonces el emperador sacando su reloj y enseñándosele ; son las tres y media : te vas á poner á la cabeza del grueso de la caballeria ;

doce mil hombres escogidos entre mis mejores soldados ; con ellos se atraviesa por todas partes, y á las cuatro y media darás el golpe de gracia. Cuento contigo.

Se sabe ya el efecto de aquella carga terrible. He hablado en otra parte de aquellos cuadros de ingleses, abiertos, acuchillados, deshechos; he mostrado á Wellington desesperado, vencido, calculando el tiempo material que nos queda todavía para acuchillar aquellas tropas admirables que morían en su puesto sin retroceder un paso; y llamando al único hombre ó á la única cosa que podía salvarles : Blucher ó la noche.

Los dos llegaron casi al mismo tiempo. La batalla estaba ganada : el general Friant y el príncipe Gerónimo acababan de tomar la última batería inglesa, cuando Labédoyère corre á todo galope, anunciando que el cañón que empezaba á resonar en nuestra ala derecha y á retaguardia, era el cañón prusiano.

Entonces el emperador ordena la retirada. En un instante, y por uno de esos cambios de la fortuna que con un soplo derriba un imperio, el victorioso se encontró vencido.

No solo se encontró vencido, sino que reconoció que la retirada era imposible.

Entonces resolvió hacerse matar. Se arrojó en el cuadro de Cambrone, bajo el fuego de una batería inglesa que se llevaba columnas enteras, intentando siempre llevar adelante su caballo, que el príncipe Gerónimo contenía por la brida y obligada á volver atrás, mientras que un anciano general corso, el general Campi, aunque herido de peligro y sosteniéndose con dificultad sobre su caballo, cubría continuamente con su cuerpo al príncipe y al emperador.

— Pero Campi, le dijo el príncipe, ¿quieres hacerte matar?

— Si, respondió éste, siempre que mi muerte salve al emperador.

Napoleon permaneció así cerca de tres cuartos de hora, buscando, llamando, implorando aquellas granadas y aquellas balas que huían de él. En fin, ese fatalismo en que él había siempre creído, le hizo sobreponerse á su desesperación.

— Dios no lo quiere, dijo. Despues, dirigiéndose á los que le rodeaban :

— ¿Hay alguno, dijo, que se encargue de conducirme donde está Grouchy?

Diez oficiales se presentaron. Uno de ellos tomó la brida de su caballo para sacarle de aquella horrorosa confusión ; pero el emperador hizo seña de que tenía que decir todavía algunas palabras. Entonces, volviéndose hácia Gerónimo :

— Hermano mio, le dijo, os dejo el mando del ejército ; rehacedle y aguardadme bajo las murallas de Laon.

Despues tendiéndole la mano :

— Estoy incomodado, añadió, por haberos conocido tan tarde.

Una nueva combinación que podía todavía cambiar el aspecto de las cosas, acababa de germinar en aquella poderosa cabeza. Napoleon quería reunirse á Grouchy y sus treinta y cinco mil hombres de tropas de refresco ; despues, mientras que Gerónimo hacia frente con el ejército rehecho á los ingleses y prusianos cansados, caer sobre sus retaguardias con aquel cuerpo de ejército, y coger así en el corazón de la Francia á Wellington y Blucher entre dos fuegos.

¿Quién impidió se ejecutara este nuevo plan ? Nadie lo sabe : es un secreto entre Dios y el prisionero de Santa Elena. ¿No pudo enmedio de aquel desórden tala-

drar aquellas masas prusianas que era preciso flanquear? ¿Fué estraviado por su guía ó le faltó la fuerza para su gigantesco proyecto?

Yo estaba en aquella misma parte por donde había pasado Napoleon ocho dias antes, y donde esperábamos noticias del ejército; cuando se oyó el galope de un caballo: era un caballo que pasaba á galope tendido, y que gritó al pasar:

— ¡Seis caballos para el emperador!

En seguida el correo desapareció.

Un instante despues el rodar sordo y lejano de un carruage se oyó; pero se aproximaba con tal rapidez que no se dudó un instante sobre quien era conducido en él: cuando llegó á la puerta de la posta, los caballos estaban dispuestos. Todo el mundo se precipitó fuera: era el emperador:

Estaba en el mismo sitio, vestido con el mismo uniforme, con el mismo rostro de mármol que apareció pasando antes.

Luego, como antes y con la misma voz:

— ¿Estamos en Villers-Cotterets? dijo.

— Sí, señor.

— ¿Cuántas leguas hay de aqui á París, veinte?

— Diez y ocho, señor.

— Está bien.... ¡A escape!

Resonaron los látigos de los postillones y desapareció como arrebatado por un torbellino.

Estas fueron las dos únicas veces que he visto al emperador.

El príncipe Gerónimo había seguido las órdenes recibidas: con grandes esfuerzos había rehecho veinte y ocho mil hombres, y los había concentrado sobre las murallas de Laon. Allí recibió un despacho del emperador: este despacho le mandaba entregar el mando del

ejército al mariscal Soult y volverse inmediatamente á París.

Napoleon queria despedirse del único de sus hermanos que había seguido hasta el fin su aventurera fortuna. Sin decirle lo que pensaba hacer él, preguntó al príncipe cuales eran sus intenciones.

— Permanecer con el ejército, señor, respondió, en tanto que un giron tricolor flote en un rincon cualquiera de la Francia.

El príncipe permaneció durante tres dias en el Eliseo con su hermano: entonces supo que el ejército se retiraba detrás del Loira.

Segun había dicho, el príncipe fué á reunirse al ejército, y permaneció con él hasta que se licenció.

Fuéle preciso entonces atravesar la Francia: un maestro de postas le dió su pasaporte, y llegó á París.

Luis XVIII ocupaba hacia un mes el trono. El príncipe Gerónimo previno á Fouché de su llegada: Fouché le hizo decir que partiese al instante mismo: se sabia que estaba en Francia, se le buscaba por todas partes, y pudieran no sentir vengar la muerte del duque de Enghien en él. No tenia un momento que perder para ganar la frontera. Fouché respondia al príncipe de que ninguna orden se daría antes de doce horas.

El príncipe partió al instante para Estrasburgo. Catorce horas despues de su partida de París, se dió orden por el telégrafo de detenerle en Estrasburgo.

Esta orden debía ser ejecutada por el oficial mas antiguo de la guarnición. Por una estraña casualidad, el decano de los oficiales era el coronel Gauthier, antiguo gefe de la oficina topográfica del rey Gerónimo.

En el momento en que el coronel recibió esta orden, encontró en las calles de Estrasburgo al primer ayuda de

cámara del príncipe que iba á subir al carruage: fué derecho á él:

— Tricot, le dijo, estoy encargado de arrestar á S. M., no hay pues un instante que perder: anda á decirselo al punto de mi parte. Voy á perseguirle; pero me arreglaré de manera que no le pueda coger.

— Está bien, dijo el ayuda de cámara, voy á prevenir al rey.

No era esto difícil, el rey estaba en el carruage, y lo habia oído todo.

Partió el carruage al galope, y gracias á su pasaporte en regla, el rey atravesó las puertas con facilidad: estaba en medio del puente de Kehl, cuando vió aparecer al coronel Gauthier á la cabeza de los hombres que le perseguían.

El bravo coronel habia cumplido su palabra. Del otro lado del puente habia un regimiento wurtembergés enviado por el suegro del príncipe para recibirle. El príncipe bajó de su carruage, montó á caballo, y saludó con la mano al coronel, que volvió á Estrasburgo con el aire de un hombre desesperado de haber perdido tan bella ocasion de ser hecho general.

Así el bravo coronel quedó coronel, y coronel murió. Si hubó infames traiciones, hubo tambien sublimes acciones.

Desde entonces comenzó para el príncipe Gerónimo esa vida de proscripción y de destierro que sufrió durante veinte y siete años.

Entonces fué cuando su suegro, el rey de Wurtemberg le tuvo como prisionero en el castillo de Elvangel, de donde no salió sino con pasaporte de Mr. de Metternich, y el permiso de habitar en Schenan, cerca de Viena. Mas apenas se instaló en aquella linda residencia cuando la vecindad de un hermano de Napoleon in-

quietó al emperador de Austria. El duque de Reichstadt estaba en Schenbrunn, el tío y el sobrino podían comunicarse: el príncipe Gerónimo recibió la orden de salir de Austria.

El príncipe vino á Trieste; pero al cabo de algun tiempo, salió de Trieste como de Schenan. Llegó al príncipe la orden de partir, y fué á establecerse en Roma.

Pero en 1831 estalló la revolucion de la Rumania. El hijo mayor del rey Luis habia tomado parte en aquella revolucion: era un Napoleon. La pena de su imprudencia recayó sobre todos los Napoleon.

Se vió obligado entonces el príncipe Gerónimo á abandonar á Roma, como le habian obligado á dejar á Trieste y fué á buscar un asilo en Toscana, esperando en fin encontrar reposo en aquel oasis de la Italia.

No se engañó su esperanza: el gran duque Leopoldo II le dió su palabra, y la ha cumplido lealmente. El gran duque Leopoldo, hijo de un proscripto y habiendo pasado él mismo su juventud en la proscripción, tiene la religion del destierro.

Hoy el príncipe de Montfort habita en Quarto, preciosa villa situada entre la Petraja y Careggi. Su vida es la de un simple particular. Todos los sábados recibe lo mas escogido de Florencia, y los extranjeros de distincion que pasan, y que se hacen presentar á él.

Allí es donde rodeado de recuerdos del emperador, cuya memoria es para él una religion, el príncipe de Montfort, estraño á todos los partidos que han trastornado la Francia despues de diez años, espera á que se canse la proscripción. Cuando trasladaron el cuerpo de Napoleon creyó llegada aquella hora; le parecia que bajo los arcos de triunfo dedicados al martir de Santa Elena, debia pasar tambien aquella familia que no estaba proscripta sino porque llevaba el mismo nombre que él. El prin-

cipe de Montfort se engañó, y fué un gran desengaño para el corazón del pobre desterrado.

¡No es una estraña anomalía que la cámara haya votado por unanimidad cien mil libras de renta á la viuda del rey Murat, que fué traidor dos veces á la Francia, y que no se haya grabado en el arco del triunfo el nombre del único hermano de Napoleon que le fué fiel hasta lo último, y que despues de haber mezclado su sangre á la sangre de los mártires de Waterlôo, salvó con su valor y su presencia de espíritu, los restos del ejército!

Un día, seguramente, la historia reparará el olvido de la Francia; pero las reparaciones de la historia son tardías, y casi siempre se hacen en beneficio de las tumbas.

Esos recuerdos napoleónicos de que hemos dicho que está rodeado el príncipe de Montfort, son, además de una porción de estatuas y cuadros de familia, el sable que el emperador llevaba en Marengo, y la espada que Francisco I entregó en Pavia y que Madrid entregó á Napoleon: además, el sable que Esteban Bathori legó á Juan Sobieski, y que regalaron los potacos al emperador.

El príncipe de Montfort posee también un águila de plata que terminaba una sopera del emperador, que este le envió de Santa Elena cuando hizo deshacer y vender su vajilla de plata.

El uniforme completo de guardia nacional con sus botones y charreteras de plata, que el emperador llevó tres ó cuatro veces.

La caja de tabaco que el rey Luis XVIII olvidó el 19 de Mayo de 1815 en su despacho, y que Napoleon encontró sobre su mesa de despacho al entrar á la mañana siguiente en las Tullerías.

En fin, la caja de tabaco todavía mas preciosa que Napoleon tenia en su mano cuando murió, y en cuya tapa está el retrato del rey de Roma.

Con los ojos fijos en aquel retrato, en una contemplacion paternal, se apagó aquella mirada de águila que habia abrasado al mundo.

El príncipe de Montfort tiene dos hijos y una hija.

Los dos hijos son el príncipe Gerónimo y el príncipe Napoleon.

Su hija es esa bella Matilde cuya llegada á Paris ha producido en el mundo de gran tono tan bella sensacion.

He tenido el honor de hacer en compañía del príncipe Napoleon una peregrinacion á la isla de Elba; esto es decir á mis lectores que harán bien pronto mas amplio conocimiento con aquel noble jóven, vivo retrato del emperador.